

mas.—Pero tiempo de sobra tendremos de hacer nuevas escursiones; pues el vapor que ha de llevarnos á Liorna no sale hasta pasado mañana á la noche...—Por lo tanto, *buona sera*.

Se me habia olvidado deciros que en Génova todavía es verano.

Génova 10 de diciembre.—á las nueve de la noche.

Dentro de una hora nos embarcamos para Liorna, y mañana al amanecer nos encontraremos en la Toscana, en la tierra clásica de las flores y las artes, en la patria de la hermosura!

Antes de abandonarnos á tan dulces emociones, y por si la mar, que está agitada, no me permite escribir esta noche á bordo, voy á referiros brevemente las principales cosas que he visto ayer y hoy en la encantadora Génova.

Ayer empecé por seguir recorriendo los mas célebres palacios de la ciudad.—Después del *Palazzo Reale*, comprado por Carlos Alberto á no sé qué patricio genovés, y solo notable por su magnitud, fui á ver la famosa galería de pinturas del *Palacio Brignole-Sale*, llamado comunmente el *Palacio Rojo*, por estar pintado de este color. Su dueño vive casi siempre en París, adonde ha trasladado muchas obras de dicha galería; pero aun quedan en ella algunos retratos de Ticiano y de Van-Dick, y varios cuadros religiosos de Reni, Guercino, Lucas Jordan y los dos Palmas.—En los palacios *Adorno* y *Pallavicini* hay muchas y muy buenas pinturas de los mismos maestros y de otros de la escuela holandesa.

Tambien merece ser visitada la *Universidad*, grandioso y elegante edificio, lleno de luz y de gracia.—Una doble columnata dórica gira en torno del patio, y sobre ella se levanta otra de orden jónico. En frente de la puerta de entrada está la escalera, que es magnífica, y al través de sus arcos se perciben los naranjos, laureles y cedros de un alto jardín, cuya verde pompa da mayor realce á tan soberbia arquitectura.—En el salon de exámenes hay seis bellas estatuas del célebre *Juan de Bolonia*.

Las iglesias de Génova son tan celebradas como criticadas por su escésivo lujo, y sobre todo por el estravagante empleo que se ha hecho en ellas de mármoles negros y blancos.

La *Catedral*, ó sea *San Lorenzo*, revestida por el exterior de esta manera, no ofrece en el interior nada de particular; pues aunque data del siglo XI, perdió todo su carácter al ser restaurada en el siglo XVI.

Lo único que me ha llamado la atención en aquel templo ha sido el tan famoso *Sacro Catino* (fuente sagrada) traído de Cesarea por los Cruzados.

Los genoveses dicen que aquella fuente es de esmeralda, y que por lo tanto vale muchos millones.—Yo solo puedo asegurar que es verde, de una sola pieza y de una tercia de diámetro.—Añade la conseja popular que la reina de Saba le regaló esta joya al mismísimo Salomon...—¡Dado lo de la esmeralda, el presen-

te es digno de tan altos personajes!—Dícese, en fin (y esto último me lo ha repetido un señor canónigo de la catedral), que en esta fuente sirvieron á Jesus el Cordero Pascual la noche de la Cena.

Oigamos ahora á los incrédulos.—Los incrédulos dicen que el *Sacro Catino* no es de esmeralda, sino de vidrio, y que por eso dió la república de Génova, en 1476, aquella estraña é incomprensible ley que condenaba nada menos que á muerte al que lo tocase con cualquier materia *dura*. En seguida añaden que si la república atribuía con tal ahinco un vil valor material al inmenso valor moral de tan sagrado objeto, era con el solo fin de que los judios de la ciudad siguiesen prestándole enormes sumas bajo la hipoteca de la supuesta esmeralda. Despues cuentan que el famoso naturalista francés *Mr. Charles Marie de La Contamine* estuvo en Génova en 1750, y que habiendo notado en el *Sacro Catino* ciertas burbujas propias del vidrio, trató de rayarlo con un diamante que llevaba preparado; pero que el fraile que le acompañaba se lo estorbó violentamente, y fueron necesarios todos los respetos del célebre académico para que la sola tentativa no le costase cara. Y por último refieren (y yo creo que debian empezar por aqui) que Napoleon I se llevó á París en 1809 el *Sacro Catino*, creyéndolo de esmeralda; pero que examinado allí por personas competentes, se encontró que era de vidrio, y fue devuelto á la catedral de Génova.

Por mi parte, diré una sola cosa: de vidrio ó de esmeralda, el *Sacro Catino* tendrá siempre el inapreciable mérito de haber pasado por las manos de Jesucristo, de Salomon y de la reina de Saba.—Lo demás importa poco.

La iglesia de *L'Annunziata* (cuya fachada está tambien revestida de mármol blanco y negro, en alternados cuadros, lo que la da el aire de un tablero de damas) es suntuosísima por dentro. La cúpula y las naves, completamente doradas, relucen al sol como los incendiados celajes de una *Gloria* de Murillo. Entre tanto fulgor se perciben algunos frescos malamente restaurados.

Otro de los templos notables de Génova es *San Siro*, ¡fundado en el siglo III!... y el mas grande de la ciudad.—En él se celebraban las elecciones de los Dux.—Hasta el siglo X fue catedral.—Posteriormente ha sido reedificado de modo que no queda nada de la primitiva obra...—Es lástima.

En *San Mateo* he visitado una profunda y lujosa cripta en que se halla enterrado Andres Doria.—En la sacristia me han enseñado una espada que el papa Paulo III le regaló al célebre almirante, y que este usaba en las grandes ocasiones.

Finalmente, he subido á *Santa María de Carignan*, situada en una áspera cumbre.

Desde la torre de este templo se abarca de una ojeada toda la ciudad de Génova, con sus pintorescas cercanías, con sus murallas, con sus jardines, con su puerto, con sus barcos... toda en fin!... y en verdad os digo que es un panorama digno de verse.

En cuanto á la iglesia, es tambien la mejor de la ciudad como obra de arte.—El Renacimiento no ha levantado edificio mas regular, mas armonioso, mas puro.

En aquella altura me pasó la tarde.

A la noche fui al *Teatro Paganini*.

El tan famoso de *Carlo-Felice* se está restaurando para la próxima temporada lírica.

En el *Teatro Paganini*, nuevo y hermoso, se cantaba la *TRAVIATA* por una señorita llamada la *Dégola*, hija tercera de un difunto senador.

Esta jóven, que ha sido algunos años el mejor adorno de los mas aristocráticos salones, se ha visto obligada últimamente, por graves desgracias de familia, á dedicarse al teatro.—Es bella y elegante; pero se dice que está tísica.—Todas estas circunstancias, unidas á la inspiracion y al gusto con que canta, hacian que el público la escuchase con respetuoso entusiasmo, con afectuosa consideracion, con piedad y con cariño. Hubiérase dicho que era la misma heroína de la ópera la que estaba en escena.—A mí me hacia daño aquel espectáculo doloroso.

La infortunada *Dégola* no puede ya cantar bien sino el tercer acto de la ópera; aquel en que *Violeta* lucha desesperadamente con la tisis!...—Esto es horrible, bárbaro, inhumano!—El público hubiera hecho mejor en socorrer privadamente á la enferma, relevándola de la cruel necesidad de vender su agonía.

En un palco próximo al mio, estaba el famoso pintor, poeta, militar, músico, novelista y hombre de Estado *Massimo d'Azeglio*, uno de los hombres mas ilustres del Piamonte; presidente del Consejo de Ministros del rey Victor Manuel durante algunos años y precursor de Cavour en aquel puesto; autor de muy célebres cuadros, que se conservan en los Museos del Louvre y de Turin; creador de las célebres novelas *Hector de Fieramosca* y *Niccoló dei Lapi*; aguerrido soldado, cubierto de honrosas cicatrices; publicista eminente en favor de la independencia y libertad de Italia... y yerno del inmortal *Manzoni*,—lo cual es tambien una gloria en mi concepto.

*Massimo d'Azeglio* tendrá hoy sesenta años: es rubio, alto, delgado, elegante, de aspecto melancólico.—Se parece mucho á nuestro general Ros de Olano.—Acompañábale en el palco una hermosísima señora, tal vez hija suya, nieta del autor de *I Promessi Sposi* y tataranieta del ilustre *Beccaria*, abuelo materno de *Manzoni*.

Tal fue mi día de ayer.—Hoy he hecho muy diferente vida.

Esta mañana aparecieron todas las esquinas de Génova cubiertas de carteles recordando que hoy era aniversario del día 10 de diciembre de 1746, en que los genoveses, con *fero atto de maestá nazionale*, vendicaban le sue mura, *violante degli austraci invasori* etc.

Los carteles se olvidaban de decir que si los genoveses arrojaron á los austríacos en la fecha citada, fue con ayuda del torrente *Bisagno*, que corre á las puertas de la ciudad, el cual salió de madre á consecuencia de un repentino y espantoso aguacero; é inundó y asoló los parajes en que estaban acampadas las huestes invasoras, poniéndolas en la mayor tribulacion.—Los hijos de Génova tuvieron que hacer poco para acabar de aniquillarlas.

Como quiera que sea, desde el amanecer se notó hoy en la ciudad un gran movimiento, acompañado de ruido de cornetas y tambores, atronadores vivas y músicas militares.

Era que la poblacion se reunia para ir á celebrar el aniversario en el mismo lugar de la catástrofe de 1746.

Con este motivo, he visto en calles y plazas muchos voluntarios de Garibaldi, recién llegados de Nápoles, que vuelven á sus casas locos de orgullo y alegría con la fabulosa empresa que acaban de llevar á cabo.

Hace cinco meses que salieron de Génova, en número de mil, decididos á conquistar un reino de 10.000,000 de habitantes, de los que 160,000 eran soldados.—Primero solos; despues ayudados por los movimientos populares; engrosadas luego sus filas por las defecciones del ejército enemigo, y últimamente auxiliados por el ejército piomontés, han conseguido su temerario propósito. Pero de todas maneras, les corresponde la gloria de haber iniciado, y sostenido constantemente en la vanguardia, una lucha siempre ventajosa, por el número, para los borbónicos, y siempre favorable, por el éxito, para las armas italianas.

Los héroes de Calafatimi, Palermo, Garegliano y el Volturno son en su mayor parte jóvenes de diez y seis á veinte años. Básteos saber que de los mil voluntarios que llevó Garibaldi á Marsala, ciento setenta gran estudiantes de la universidad de Pavia. La única gente *granada* que ha habido entre ellos han sido ochenta emigrados venecianos y ciento diez fugitivos de Nápoles y Sicilia.—El traje rojo de los garibaldinos tiene algo de fantástico, y no carece de elegancia.

Mientras que la entusiasmada muchedumbre se ha divertido á las orillas del Bisagno, que corre al Este de la ciudad, Caballero y yo hemos hecho una excursion al campo por la parte del Oeste.

Jussuf se había marchado con los patriotas.

El día ha sido magnífico.—El campo de Génova tiene todavía flores de otoño, y el mes que viene las tendrá de primavera.

A la caída de la tarde dirigimos nuestro paseo por el hermoso camino de Niza.—Aquella famosa carretera, tallada, por decirlo así, en altas rocas, que salen bruscamente del mar (lo que le ha dado el nombre de *la Cornisa*), sigue las ondulaciones del estenso golfo, sobre el cual forma un continuado balcon de piedra, mientras que al otro lado no deja ver horizonte alguno, sino la enhiesta muralla del gigantesco Apenino, rasgada á veces por arroyos torrentales.—Al decir de los que han ido á Francia por aquel lado, el camino de *la Cornisa* sigue leguas y leguas del mismo modo, dominando siempre las azules ondas del Mediterráneo.

Nosotros hemos prolongado nuestro paseo algunos kilómetros, hasta llegar á un punto desde el cual vimos á toda Génova y á su ancho puerto, recogidos, por decirlo así, en un solo cuadro.

El cielo estaba azul, y el sol se ponía hiriendo de frente los cristales y las pintorescas fachadas de los palacios escalonados en las colinas.—En la mar, agi-

tada como he dicho, se mecían centenares de buques, de los que algunos se hallaban ya en franquía...

Los vapores encendían ó calentaban sus máquinas, disponiéndose á partir...

Entre ellos distinguíamos el que debe llevarnos esta noche á Liorna... Llámase *la Princesa* y es inglés.

Se hacía tarde, y ni Caballero ni yo mandábamos al cochero que retrocediese...

Nos encontrábamos á una legua de Génova... es decir, nos habíamos acercado una legua á España!

Este pequeño viaje hácia la patria, realizado pocas horas antes de emprender otro que iba á alejarnos mas y mas de ella, adulaba nuestra melancolía de extranjeros...

Los dos pensábamos una misma cosa: «Si siguiéramos caminando de este modo, siempre por la orilla del mar, dentro de algunos dias entraríamos en España por Cataluña.»

El cochero nos llamó á la razon, diciéndonos que, si nos parecía, ya era hora de volver á Génova.

—Volvamos, le respondimos.

El sol se ponía en aquel instante.

—Todavía le verán *allí* algunos minutos, le dije yo á mi amigo, como siguiendo una conversacion...

Al llegar á la ciudad, he leído estas palabras, escritas sobre la puerta por donde antes habíamos salido y entonces entrábamos:

GÉNOVA, CITTÁ DI MARIA SANTÍSSIMA.

Lo mismo dicen de su tierra los andaluces.

Cuando ya estábamos cerca del *Hotel de la Ville*, donde vivimos, hemos encontrado la procesion patriótica que volvia de celebrar el aniversario.

Todas las calles que van á parar á la de *Carlo Alberto*, en que se levanta este hotel, se hallaban ocupadas por una densa muchedumbre.

Hemos tenido, pues, que echar pié á tierra y confundirnos con la turba, á fin de llegar á nuestra casa, lo cual no hemos conseguido sino al cabo de una hora.

Quince ó veinte mil jóvenes,—soldados, milicianos, garibaldinos, marineros, estudiantes, labradores y mendigos,—cogidos del brazo por hileras de diez ó doce individuos, cada uno con un ramo de oliva en la mano, marchaban lentamente y á compás, cantando un coro de interminables estrofas en favor de Italia y de Garibaldi, y en contra de los gobiernos de Roma y de Venecia. Enormes banderas tricolores ondeaban de trecho en trecho sobre las apretadas filas. En todos los balcones se veían gentes con luces en la mano. Los puentes y calzadas que cortan ó flanquean casi todas las calles, estaban coronados de mujeres con mantilla blanca, que agitaban sus pañuelos ó victoreaban á Garibaldi. A veces se

interrumpía el prolongado coro que entonaban á un mismo tiempo cuarenta mil voces, y se oía un breve discurso, un viva, una frase, un nombre; y cuando aquello que se oía condensaba el sentimiento general, estallaba un aplauso unánime, un estruendoso palmoreo, en calles y balcones y á todo lo largo de la procesion. Todas estas cosas las hacían ordenada y gravemente, sin perder el compás de la marcha, sin escándalo, sin atropello alguno.

A la verdad, el cuadro no podía ser mas sorprendente. Tantas luces en el aire, tanta gente en los balcones, tantos ondulantes pañuelos, tanta mantilla blanca en las escaleras que conducen de una calle á otra, tantos kepis encarnados, tantas verdes olivas, y el coro, y el aplauso, y el acompasado andar, y las banderas, y las aclamaciones... todo esto tenia algo de solemne.—No era el motin ni la parada; no era la iracunda amenaza que precede á las revoluciones, ni la desenfrenada alegría que sigue al triunfo popular: era una cosa que yo no conocía; que yo no había visto nunca; pero de la cual había oído hablar muchas veces:—era, en fin, una *manifestacion pacífica*.

Esta *manifestacion* me hubiera hecho acaso reir en otra ciudad de Italia; pero en Génova me ha impuesto verdaderamente.—Ya os he dicho que Génova es uno de los pueblos mas inquietos, mas belicosos y mas terribles de toda Europa.

Con que partamos.—Ya son las diez, y el vapor leva anclas á las once.—Dejemos por unas horas el suelo italiano, y surquemos las soledades del mar bajo el pabellon de Inglaterra.

Mañana al amanecer penetraremos de nuevo en Italia y saludaremos los poéticos vergeles bañados por el Arno...

¡Al mar! ¡al mar!—Y adios ¡oh *Monalisa!*...

Se me olvidaba decir que Jussuf es garibaldino.